

PINOCHO

AÑO III. Nº 122.

25 Cents.

19 JUNIO 1927.



— PERO ¿QUE TIENES DENTRO DEL ZAPATO QUE TANTO TE DUELE? ¿UN CLAVO?
— NO, EL PIÉ.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



Cop. 1927 (N. Y. World) Press Pub. Co.

LOS ALUDES DE LOS URALES

CUENTO POR EMILIO SALGARÍ

(Conclusión.)

por todas partes. Preparémonos a afrontar valerosamente los peligros y confiemos en que algún día veremos de nuevo nuestras montañas.

Habiendo desobstruido el sotechado, que estaba ocupado en parte por la leña acumulada por los dos chicos, el minero lo demolió para reforzar de nuevo el techo con aquellos palos.

Ayudado de sus hijos, que se deshacían para mostrarse dignos de él, apuntaló las vigas, las paredes y hasta los marcos de las ventanas y de la puerta.

Asegurado por esta parte, dividió los víveres en las raciones precisas para que no les faltasen antes del deshielo, y lo mismo hizo con el forraje, pues le convenía en extremo conservar las cabras para tener siempre leche.

Y el minero y los dos muchachos empezaron una verdadera vida de Robinsones en compañía de sus cabras, sepultados en una masa de nieve tan enorme como no es posible imaginarse.

Los primeros días no habían estado libres de temores a causa de los continuos crujidos de los entramados, pero después habían llegado a habituarse a ello.

Para engañar el tiempo mejor, todos trabajaban.

Gurko, hábil en muchas cosas, como suelen serlo los campesinos rusos, preparaba herramientas, trabajaba la

madera, curtía las pieles acumuladas durante el verano o preparaba nuevos vestidos para sus hijos con las calientes pieles de los osos; Nicolás, más diestro que su hermano, ayudaba a su padre en todas aquellas tareas y se ocupaba de la cocina, mientras Miguel, demasiado pequeño para ser útil a la familia, se entretenía domesticando a las cabras.

Los días transcurrían bastante alegres para los pobres sepultados. Lamentábanse sólo de la extraordinaria humedad que reinaba en la cabaña, producida por el calor de la estufa.

La nieve, disolviéndose en torno de la choza, dejaba gotear abundantemente el agua a través de las rendijas

del techo mojándolo todo, incluso la cama de los chicos.

Excepción hecha de este inconveniente, absolutamente irremediable, la vida no era demasiado triste para los sepultados en vida; de vez en cuando experimentaban verdaderas angustias: cuando el huracán soplabla en los montes.

Aunque se encontrasen bajo la nieve, los mil ruidos producidos por el huracán llegaban claramente a ellos.

Oían los ruidos lejanos de los aludes y a veces los rugidos furiosos del viento siberiano.

Entonces las vigas de su casucha, bajo las sacudidas incesantes, producidas por otras masas de nieve rodando de las cumbres, crujían lúgubrementes y las paredes oscilaban, poniendo lívido al minero.

A mediados de febrero, después de dos largos meses de cautiverio, la cabaña que hasta entonces había resistido al enorme peso, empezó a dar, una mañana, signos de hundimiento.

Una de las paredes habíase curvado amenazadoramente, y unas cuantas vigas podridas por la humedad, estaban a punto de caer.

—Padre —dijo Nicolás, que se había dado cuenta de ello el primero—, nuestro fin se acerca. La cabaña no resiste ya.

—Debemos intentarlo todo para huir —contestó el

minero con voz angustiada—. No sé si mañana nuestra *isba* estará en pie. Si aprecias la vida, ayúdame, hijo mío, y tratemos de abrir de nuevo la galería.

El peligro aumentaba. El techo y las paredes seguían crujiendo y las vigas se movían.

Afortunadamente la galería excavada dos meses antes por el minero no se había cerrado. Antes al contrario, habíase formado una especie de bóveda de hielo, impidiendo que la nieve de encima cayese.

El minero, ante el temor de una catástrofe imprevista, hizo que Miguel y las cabras saliesen al sotechado, que parecía estar en excelente estado, colocando allí las provisiones y todo lo que tenían de valor.





—Apresurémonos, Nicolás—dijo—. Este es el momento de mostrarte todo un hombre y de trabajar como tal.

Metieronse los dos en la galería, llevándose picos y palas y atacaron con fuerza la helada capa que parecía envolver toda la casucha.

El chico pequeño, con una espuerta, llevábase los pedazos de hielo, acumulándolos bajo el sotechado a fin de que su padre y su hermano pudiesen trabajar más libremente.

Cuando después de varias horas de trabajo volvieron a la *isba* advirtieron con grandísimo terror que el techo había empezado a ceder y que las paredes se habían doblado mucho.

La casucha no resistía ya, a pesar de su solidez, el enorme peso.

Estaba a punto de hundirse, dejando a aquellos infelices sin refugio.

Hasta las cabras daban señales de inquietud, balando insistentemente y tratando de refugiarse en la galería, no obstante los esfuerzos de Miguelito.

—No contemos más con nuestra casa—dijo Gurko—. Es cosa perdida.

—¿Y si se hundiese y no pudiésemos proseguir nuestro trabajo, qué sería de nosotros?—preguntó Nicolás con voz alterada.

—Trabajemos, hijo—contestó evasivamente el pobre padre, echando una mirada desesperada a sus dos hijos.

Estaba a punto de atacar de nuevo la masa de hielo, cuando un ruido espantoso le detuvo.

La casucha había cedido y la enorme masa de nieve habíase precipitado a través del techo hundido, sepultándolo todo.

Sólo el tejadillo, por un verdadero milagro, había resistido, salvando de una muerte segura a Miguel y a las cuatro cabras.

—Padre—dijo Nicolás—, estamos perdidos.

Gurko no había contestado.

Agachado hacia el extremo de la galería, escuchaba

atentamente. Le parecía haber oído un rumor sordo encima de su cabeza.

—Padre—preguntó Nicolás—, ¿qué escuchas?

—Oigo ruidos—dijo el viejo.

—Parece que con unos picos golpean la masa de hielo.

—¿Vendrán en nuestro socorro?

En aquel momento los desdichados oyeron claramente los ladridos de un perro.

Gurko lanzó un grito.

—¡Nos buscan!

Un momento más tarde, a través de la masa helada, oyó una voz que gritaba:

—¿Estáis vivos aún?

—¿Quiénes sois? ¿Os envía Dios?—preguntó el minero con voz temblorosa.

—Somos montañeses de Karsoff—contestó la voz de antes— que venimos a socorreros.

—¡Gacias, Dios mío! Llegáis a tiempo de salvarnos—contestó el minero.

Un momento más tarde parte de la masa helada caía con estrépito, sepultando en parte al minero, a Nicolás y a Miguel, y unos hombres aparecieron a través del agujero.

Eran ocho montañeses de Karsoff. Avisados por unos cazadores de osos de que la cabaña había quedado sepultada por los aludes, hacía ya cuarenta horas que

trabajaban encarnizadamente para liberrar a aquellos desdichados, y, como hemos visto habían llegado a tiempo.

Al advertir que el montón de nieve había descendido, redoblaron sus esfuerzos haciendo una galería oblicua, y habían logrado romper la última capa de hielo.

El minero y sus dos hijos, milagrosamente salvados, pocas horas después recibían los más afectuosos cuidados de los habitantes de Karsoff, que acudieron en masa a su encuentro.



FIN

LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¡OYE! ¿DONDE ESTÁN MIS ZAPATILLAS?

¡AHÍ MISMO LAS TIENES. ¡AGÁCHATE, HOMBRE, AGÁCHATE!

¡AGÁCHATE, HOMBRE, AGÁCHATE!

¡ESTE DEBE DE LLEVAR LA CARTERA BIEN REPLETA DE BILLETES!

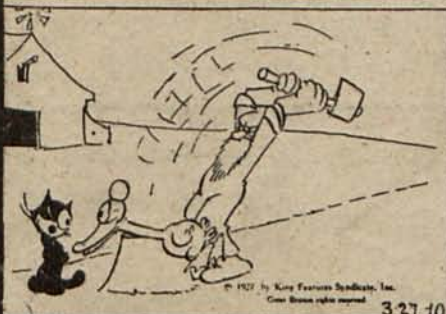
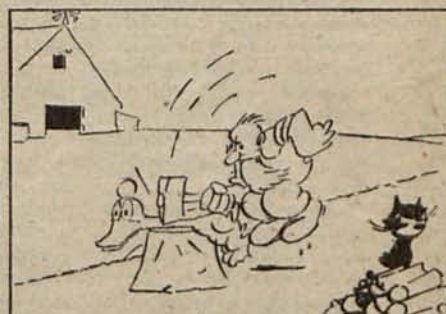
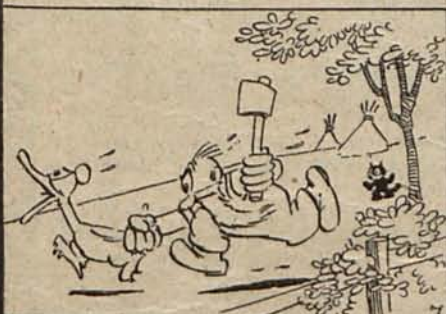
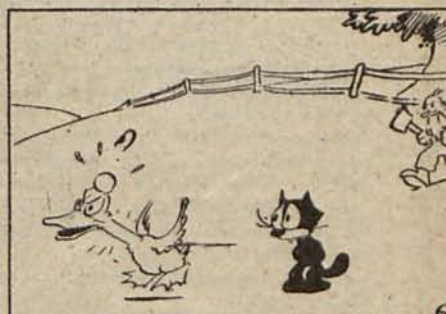
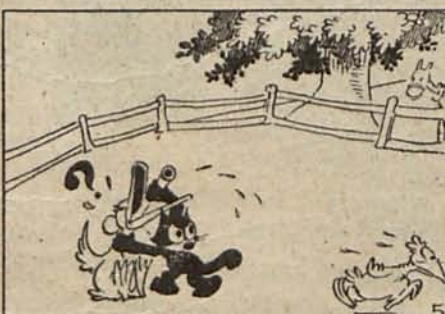
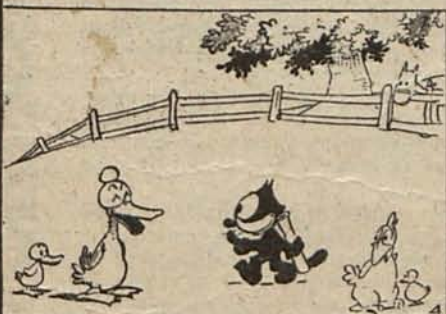
¡AGÁCHATE, HOMBRE, AGÁCHATE!

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡NUNCA OLVIDARÉ QUE ME SALVASTE DE MORIR AHOGADO! ¡TE DEVOLVERÉ EL FAVOR ALGUN DÍA!

¡VOY A MATAR AL PATO PARA LA CENA!

¡SÍ, MÁTALO PORQUE TENEMOS INVITADOS A CENAR!



¡LO DEJARÉ, CUALQUIERA SE COME ESO TAN DURO!

¿VES? ¡YA ESTAMOS EN PAZ! ¿NO?

© 1937 by King Features Syndicate, Inc.
Coca-Cola reg. trademark

3 27 10

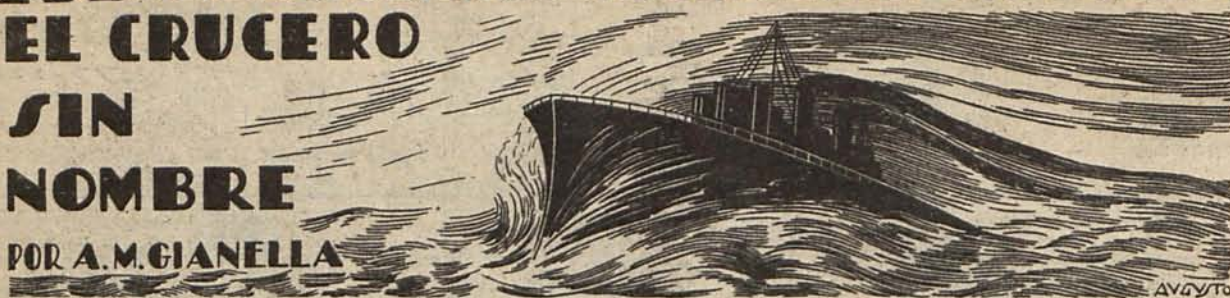
11

PAT SULLIVAN

12

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

Mop, que le había seguido con aquella habilidad adquirida en la práctica de su antiguo oficio, paróse a su vez ocultándose tras un ribazo sin perder de vista a Flaxman; vióle después acercarse a un árbol de *chinchona*, examinar el tronco y llevarse luego una mano a la boca.

Oyóse un silbido bajo las sombrías arcadas de la selva, y algunos instantes después otro igual responder a lo lejos.

—¡Oh! ¡oh! —murmuró Mop acariciando la culata del revólver—, verdad es que no se puede venir a este país sin dar en él con algún gran misterio.

¡Ah, señor Flaxman, con qué gusto os retorceré el pez-cuezo dentro de pocot!

Flaxman, como si hubiese oído el soliloquio del ex-ladrón, miró en derredor con ojos escrutadores, pero, no advirtiendo nada digno de sospecha, se internó resueltamente en el bosque.

Mop no era hombre que abandonase una partida por peligrosa que fuera, a la primera dificultad, así es que se deslizó tras él, pasando de un tronco de árbol al otro, agazapándose con admirable prontitud al más leve rumor, arrastrándose a veces por entre las altas yerbas como un verdadero salvaje.

De pronto sofocó un grito de estupor. Flaxman había desaparecido. No se oían ni sus pasos ni el roce de su cuerpo con los arbustos que cubrían el terreno.

El más profundo silencio reinaba en la selva, y la débil luz que penetraba por entre el follaje iba acabándose, pues se acercaba la noche.

Mop sintió que un escalofrío recorría todos sus miembros.

—¡Cuerpo de mil javaneses asados! —refunfuñó mirando en derredor y sacando sin más consideraciones el revólver—. Ese demonio ha desaparecido como en un simple juego de prestidigitación, y yo...

Se interrumpió para mirar hacia arriba, pues le pareció haber oído un ligero silbido, sintiéndose al mismo tiempo oprimidos los brazos contra el cuerpo por un lazo corredizo, delgado como un bramante, pero fuerte como un hilo de acero.

Dió un grito de sorpresa y de rabia, e intentó romper aquel lazo de seda que le sujetaba; un dolor agudo le arrancó otro grito, esta vez de angustia, y al mismo tiempo tres hombres medio desnudos, negros, delgados, pero fuertes, se le echaron encima, saliendo de invisible escondite, le agarraron por los hombros y por las piernas, le amordazaron, le ataron con maravillosa presteza, luego levantáronle y poniéndoselo sobre los hombros como un saco de trapos, desaparecieron del mismo modo que Flaxman.

Mop no había tenido tiempo de rehacerse ni de proferir una palabra.

Habíase limitado a hacer esta profunda reflexión:

—¡Si no me equivoco, estoy perdido!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

EL ÚLTIMO ROBO DE MOP

I

EL SUBTERRÁNEO DE LA SELVA



UNQUE la situación en que Mop se encontraba había de parecerle inquietante, no por eso había perdido su sangre fría, ni aquel poco de estoicismo que manifestaba en toda circunstancia difícil.

Es verdad que ignoraba en qué manos había caído, pero un secreto instinto le hacía adivinar que esta vez la cosa era grave, gravísima, y que le costaría mucho trabajo salir bien.

Esto le había inducido a formular la profunda reflexión con que ha terminado la parte precedente de nuestro relato; y aun se había apresurado a añadir mentalmente:

—¡Bah! no está todavía muerto el que se da cuenta de que puede estarlo... Además de que yo tengo una piel muy dura y que me sienta muy bien.

Durante este soliloquio, Mop había notado que sus opresores le conducían por un subterráneo, del cual no podía apreciar ningún detalle a causa de la completa oscuridad que le rodeaba.

Al cabo de algunos minutos de camino, hirió sus ojos una viva luz que se reflejaba en una pared húmeda y brillante y oyó un murmullo de voces que parecían salir de las entrañas de la tierra.

De pronto dos sombras humanas se irguieron ante los hombres que transportaban a Mop y dos bayonetas caladas en sendas carabinas despidieron algunos brevísimos destellos.

—¡Centinelas! —murmuró el ex-ladrón, distinguiendo las dos sombras armadas, y después, oyendo palabras proferidas en una lengua extraña para él, añadió:

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN
S A L G A R I

LOS HIJOS DEL AIRE. Cuatro tomos.
EL FALSO BRACMAN. Cuatro tomos.
LA CAIDA DEL IMPERIO. Cuatro tomos.

CADA TOMO
1,25 pesetas.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, mi querido buho, ¿tú no has sentido nunca deseos de hacer un viaje a otro planeta?

—¿Qué duda cabe, amigo Chonón! Mi sabiduría ha sentido muchas veces la impaciencia de conocer cosas nuevas. De todo cuanto en la Tierra existe, sabemos, poco o mucho, pero sabemos algo. En cambio, de la vida de otros mundos no conocemos nada. Esta ignorancia hace que muchas veces dejemos viajar a nuestros pensamientos en alas de la fantasía y lleguemos a sentir el vértigo de lo desconocido. ¿Quién no habrá soñado con hacer un viaje a la luna?

—¿Si yo tuviera alas como tú, ya hubiese intentado una excursión por esos mundos del firmamento.

—Con estas pobres alas, amigo Chonón, no podrías hacer más de lo que yo hago. Te tendrías que resignar, como me resigno yo, a no poder salir de este planeta.

—No lo creas. Yo hubiese ya remontado el vuelo hace mucho tiempo, y a estas horas puede que me conociesen en todos esos mundos que vemos brillar.

—No digas tonterías, Chonón. Eso que tú dices ni es posible ni podrá serlo nunca.

—No sé por qué.

—Si lo supieras no hablarías así.

—Necesito que me lo expliques para convencerme.

—Siéntate y escucha. Son muchas las razones por las que no podemos pensar en serio en la posibilidad de hacer un viaje a un mundo distinto del nuestro. Ni siquiera al más cercano, que es la Luna.

—¿Qué distancia nos separa de ella?

—No llega a quinientos mil kilómetros.

—¿Y a esto le llamas cercano?

—Comparando esta distancia con la que nos separa de los demás astros, estamos cerquísima de la Luna. Es una distancia tan relativamente insignificante, que si pudiéramos situarnos en cualquier otro planeta, veríamos a la Tierra y a la Luna completamente unidas. En cambio, para ir de la Tierra a Mercurio, por ejemplo, necesitaríamos miles de años corriendo a una velocidad igual a la de la luz.

—Lo cual no es posible, ¿verdad, buho?

—Desde luego.

—Bueno. Pues renunciemos a ir a esos mundos tan lejanos y vamos a conformarnos con planear un viaje a la Luna.

—Tampoco es posible. Aparte la distancia, hay otros factores que se oponen a la realización del proyecto.

—¿No podría intentarse ahora que es posible viajar por el aire?

—Para viajar por el aire lo primero que hace falta es aire, ¿no te parece?

—Naturalmente.

—Pues la capa de aire que envuelve la Tierra alcanza sólo unos miles de kilómetros. Quizá no llegue a diez mil. Pasada esta capa ni el hombre podría respirar ni las aspas de las hélices del aeroplano tendrían en dónde apoyarse.

—¿Y no podrían llevarse unos aparatos generadores de aire?

—Suponiendo que ello fuese posible, estos aparatos reventarían como bombas en cuanto no pudieran resistir la presión atmosférica.

—¿Y si nos disparasen en el interior de un proyectil, como planeó el novelista Julio Verne?

—Ni habría fuerza capaz de lanzar el proyectil a tal distancia, ni sería posible resistir el choque que habría de sentirse en el interior del proyectil en el acto de ser disparado. Además, en cuanto saliese del radio de acción de la gravedad se quedaría inmóvil en medio del firmamento.

—Estás destruyendo una por una todas las ilusiones que yo tenía de que algún día pudiésemos comunicarnos con otros mundos.

—Eso ya es distinto, curioso Chonón. Hacer un viaje interplanetario es cosa que está lejos de toda posibilidad; pero establecer una comunicación por medio de señales es empresa perfectamente posible. Si en los otros planetas hay, como se supone, habitantes y disponen de medios científicos tan poderosos como el telescopio, no es aventurado suponer que llegará un día en que pueda establecerse un cambio de señales entre distintos mundos.

—Pero ¿cómo?

—De modo no imposible. Si en Marte, por ejemplo, hay habitantes, es de suponer que por ser un mundo más viejo que la Tierra, estén en un grado de progreso muy superior al nuestro y posean potentes aparatos de óptica en sus observatorios. Quiere decirse que si hiciésemos desde nuestro planeta señales luminosas de amplísima extensión, las verían perfectamente y obtendríamos de ellos la contestación, también por medio de señales.

—¿Qué bonito sería! ¿Verdad?

—Hay quien supone, y quizá no esté desprovisto de razón, que esas líneas rectas que se ven en Marte no son, como se dice, canales, sino grandes caracteres o signos trazados para llamar nuestra atención.

—Entonces estarán esperando que les contestemos.

—De ser cierta esta hipótesis, esperarán con impaciencia nuestra respuesta.

—Pues hay que contestarles, querido buho. ¿No se te ocurre nada para conseguirlo?

—A mí nada. ¿Y a ti?

—Tampoco. Vamos a consultar el caso con Paco Morronguís.

—Vamos allá.



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



Josefina Elcarte.—A juzgar por la fecha que me indicas deben estar tus dibujos para salir de un momento a otro. Recuerdo perfectamente la referencia que me haces de todos ellos. Recuerdo «La Granja de Pirula», «La muñequita de Anita», «El pájaro», todo, todo lo recuerdo y por cierto con mucho agrado, porque eran unos lindísimos dibujos. No te quepa duda que están ya para salir. Una poquita de paciencia nada más, y muchos y fuertes abrazos de tu incondicional amigo.

Sebastián Martín de Rojas.—No es posible publicar la originalísima historieta que me mandas con tan enorme cantidad de texto. Yo creo que es fácil reducir la extensión de la leyenda; pero esto yo no lo puedo hacer. No dispongo ni de medio segundo de tiempo. A ti, que tan dispuesto te muestras en tu magnífica historieta, te será cosa sencillísima. Mándame nuevo texto y la publicaré en mi Revista. Tuyo siempre.

Lucía Armengual.—Me envías seis dibujos lindísimos con un solo cupón. Si no hubiese tantísimos Pinochistas que esperan ver sus trabajos en las columnas de mi Revista, podría publicártelos todos; pero precisamente para satisfacer a todos por igual acordó el Gran Consejo Pinochista exigir a cada trabajo su correspondiente cupón, y yo tengo que obedecer este acuerdo. ¿A qué dibujo quieres que adhiera tu cupón? ¿O espero los cinco cupones restantes y así los podré publicar todos? Tienes la palabra. Abrazos.

Emiliano Velga.—Siento muchísimo no poder satisfacer tus deseos de ver publicados tus curiosos trabajos. Tanto las charadas como los jeroglíficos son pasatiempos que no encajan en la sección de Colaboración Infantil. Envíame dibujos; pero con su correspondiente cupón cada uno; y así los publicaré en mi Revista para que puedas satisfacer esos vehementes deseos que dices sientes. Te envío cordialísimos abrazos.

Joaquinito Menéndez.—Es una verdadera lástima que yo no sepa chino; pero no me negará, querido Joaquinito, que es más lástima que tú no sepas (o, mejor dicho, no quieras) hacerte entender de tus conciudadanos. ¡Vaya tarjetita postal que me has enviado! Gracias a que el dibujo que has hecho en ella se entiende en todos los idiomas y en todos resulta preciosísimo. Se publicará en cuanto sea posible. Te envía un fuerte abrazo en el más puro castellano tu incondicional.

Marujita Fellá Gutiérrez.—Celebro tu buen gusto que has acreditado haciendo que tu cocinera te preparase un plato de judías estilo «Pirula» y otro de natillas «Don Turulato», de acuerdo con las instrucciones dadas en mi Revista. ¡Como que están de rechupete! Con tu carta han llegado los preciosos retratos de tus lindos hermanitos. Son tres Pinochistas guapísimos. Verás como dicen lo mismo que yo todos los lectores de mi Revista cuando los vean en sus páginas. Muchos y fuertes abrazos.

Hernando Quijano.—Maravillosos tus dibujos, pero no pueden publicarse porque están hechos a lápiz. A no ser por este inconveniente hubiesen aparecido en mi Revista. Mándame otras cosas, pero con tinta. Tuyo,

Pinocho



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ANITA BUEN- CORAZON



CUENTOS DE CALLEJA

EL FRUTO DEL TRABAJO

Cashillo



RA Juan Simpena mozo guapote, de rostro simpático y mirada franca, que disfrutaba de la general estimación por su genio decididor y alegre y su deseo de complacer a todo el mundo.

En la aldea no se había conocido otro semejante. En todas partes se le disputaban, prodigándole toda suerte de agasajos.

De alegre y dicharachero se convirtió en triste y taciturno, buscaba la soledad y no había medio de sacarle del cuerpo media docena de palabras. Cuando recuperó su buen humor, un amigo le preguntó la causa de sus pasadas preocupaciones, y Juan le contestó lo siguiente:

—Acababa de leer uno de esos cuentos fantásticos en que se habla de inmensos tesoros encontrados por mediación de poderosos conjuros o de varitas mágicas, cuando me quedé dormido.

Impresionado sin duda por la lectura, soñé.

Un viejo de luenga barba blanca se me apareció.

Llevaba un cucurucho muy alto en la cabeza y vestía una túnica salpicada de estrellas de oro.

—Toma, muchacho —dijo el viejo, y sacó un pelo de un estuche—; con este talismán se te abrirán las entrañas de la tierra para mostrarte los tesoros que contienen. Ve al huerto y allí cava hasta que encuentres las instrucciones para que hagas uso del amuleto que te deje. Yo soy el mago Comealfalfa, uno de los más discretos que ha conocido el mundo. Desde que eché los dientes me dijeron que tenía gracia para la magia porque me salió una muela encima de otra y tengo en la campanilla pintado un cuatro de copas. Después de los siete años fui nigromante en canuto y hacía cosas verdaderamente sorprendentes. Figúrate que con leche y pan hacía sopas, y con cacao y azúcar, chocolate. Y ya que hablamos de cosas de cocina, voy a revelarte el secreto árabe para hacer buen café, mas con la condición de que no lo reveles a nadie jamás.

—Hombre, si —exclamé—; precisamente deseo mucho saber cómo se hace el buen café. Aquí, en el pueblo, se toma como café los cacahuets y las cáscaras de castaña.

—Bueno, pues te lo diré.

Y con aire misterioso añadió el mago:

—Para hacer buen café hay que poner poca agua y mucho café. Ya sabes que te he prohibido revelar este secreto, bajo pena de que te salga un grano en el cogote que te dé que rascar durante cuatro meses.

—Pues no pase usted cuidado, señor mago, porque ese secreto lo saben aquí hasta los escolares que no han pasado de la cartilla.

—Pero lo sabrán en secreto. Volvamos ahora a lo del tesoro. Una vez que hayas encontrado una cajita

de hierro, saca de ella tres granos de sal que están encerrados en un trozo de papel de fumar; los echas al fuego, procurando que no te salten un ojo al crepitar en la lumbre; dices tres veces *agilimógili*. A la tercera vez me verás aparecer como mayo florido y hermoso, llevando en las manos un saco lleno de oro y brillantes. Partiremos esta fortuna, y ambos seremos riquísimos, tanto, que hemos de dar envidia a los más poderosos de la tierra.

Calló un momento el mago, se rascó la frente como si se olvidara de algo y, después de toser y estornudar, me dijo:

—Adiós, muchacho; hasta que nos veamos.

Y se desvaneció la visión.

Me desperté sobresaltado y me

encontré que, en efecto, tenía en la mano un pelo, y no dudando ya de mi buena suerte, empuñé la azada y fui al huerto en busca de las instrucciones del mago.

Cada vez que el instrumento tropezaba en algún objeto duro, eran de ver las ansias y los trasudores que me acometían.

Aquello era un suplicio continuado.

Las cosas que encontré no son para dichas: un pedazo de cántaro, una fuente rota, una lata de sardinas (vacía, por supuesto) y otra porción de zarandajas a cual más feas e inútiles.

Esto sin contar con que, al mover unas matas, huyeron volando más de doscientas avispas; pero una de ellas se me coló por el cuello y me clavó el aguijón con tal furia, que todavía me estoy rascando. Seguí trabajando con indecible afán, hasta que un golpe certero fué a dar sobre un cuerpo metálico.





» ¡Qué emoción al oír el sonido! Levanté la tierra con cuidado y saqué una cajita de hierro que, desde luego, me figuré estaría llena de oro o de billetes.

» ¡Cómo me palpitaba el corazón!

» Oprimo el resorte de la tapa, se abre ésta con estrépito y aparece un don Jenaro tocando el tambor y haciendo guiños burlescos.

» Tiré la caja con tal rabia, que a don Jenaro se le rompieron las narices; saltó la tapa y todo se hizo pedazos; pero, a pesar de todo, me empeñé en seguir adelante las investigaciones.

» Azada en ristre y cava que te cava, llegué a remover toda la tierra del huerto, haciendo los siguientes curiosísimos hallazgos: un tacón de bota, un pedazo de escoba, un trozo de estera vieja, un bidón roto y otras dos cajas de sardinas (vacías también).

» Desde luego, comprendí que el tesoro no había de encerrarse en ninguno de aquellos objetos, todos los cuales juntos no valían ni el trabajo de recogerlos; mas, por si acaso, los guardé y estuve probando a ver si algún secreto encanto les había dado propiedades singulares que no pudieran apreciarse a primera vista.

» Con el tacón viejo me froté las rodillas, a ver si resultaba algo, y después las narices, y no hice más que mancharme la cara y la ropa.

» Tiré el tacón, y, empuñando el pedazo de escoba, comencé a agitarlo diciendo:

» — ¡Varita de virtudes! Por las que tienes, pido que me traigas ahora mismo un pollo asado.

» Pasó un rato y el pollo no venía, por lo cual me dije:

» — Como lo he pedido asado, sin duda están dándole unas vueltecitas en el asador.

» Mas pasó una hora, y como el pollo aún no había llegado, me convencí de que aquella famosa escoba no servía para nada, ni siquiera para barrer, pues le faltaban casi todas las palmas y el mango.



» Ensayé después la estera sentándome encima y diciendo:

» — ¡Llévame al palacio del Emperador del Japón!

» Pero la estera seguía sin moverse.

» Cuando me convencí de que no salía del huerto y de

que ni siquiera me levantaba un dedo del suelo, tiré la estera y probé todos los demás objetos.

» Pero siempre obtuve el mismo lamentable resultado.

» Por espacio de cinco días cavé el huerto en vano en todas direcciones, hasta que, al sexto, tropezó la azada con una especie de lápida, en la que había grabada una inscripción para mí desconocida.

» No sabiendo yo traducir la inscripción,

visité con gran secreto al maestro de escuela del pueblo, y éste me dijo que aquello era griego para él, porque no lo entendía.

» Y griego resultó al fin, porque llevé la lápida a Madrid, y allí un hombre de letras me escribió en un papel la traducción, que, según se dijo, era la de la moraleja de una fábula de Esopo: *El trabajo es la mejor de las riquezas*.

» Desde entonces—concluyó Juanillo—no cese de trabajar, y la suerte me sonreía en tales términos, que cada día trabajo con más fervor y entusiasmo.

— Pero ¿y la lápida?

— Según supe después, era la inscripción que tenía sobre la puerta un domo que estuvo en esta aldea hace muchos años.

— ¿Y el pelo misterioso?

— Era mío. Me lo arranqué mientras soñaba.

Hoy Juanillo es don Juan; la gente de su aldea le saluda con respeto.

Merced a su propio esfuerzo se ha conquistado una desahogada posición y no cree en los sueños ni en más tesoros que los que encierra el trabajo.

F I N



CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

Pueden tomar parte en este sorteo no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroën igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baúl «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número se publicará una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número, y los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros de la Lotería de Navidad, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS**. Los demás detalles serán publicados oportunamente.

PINOCHO

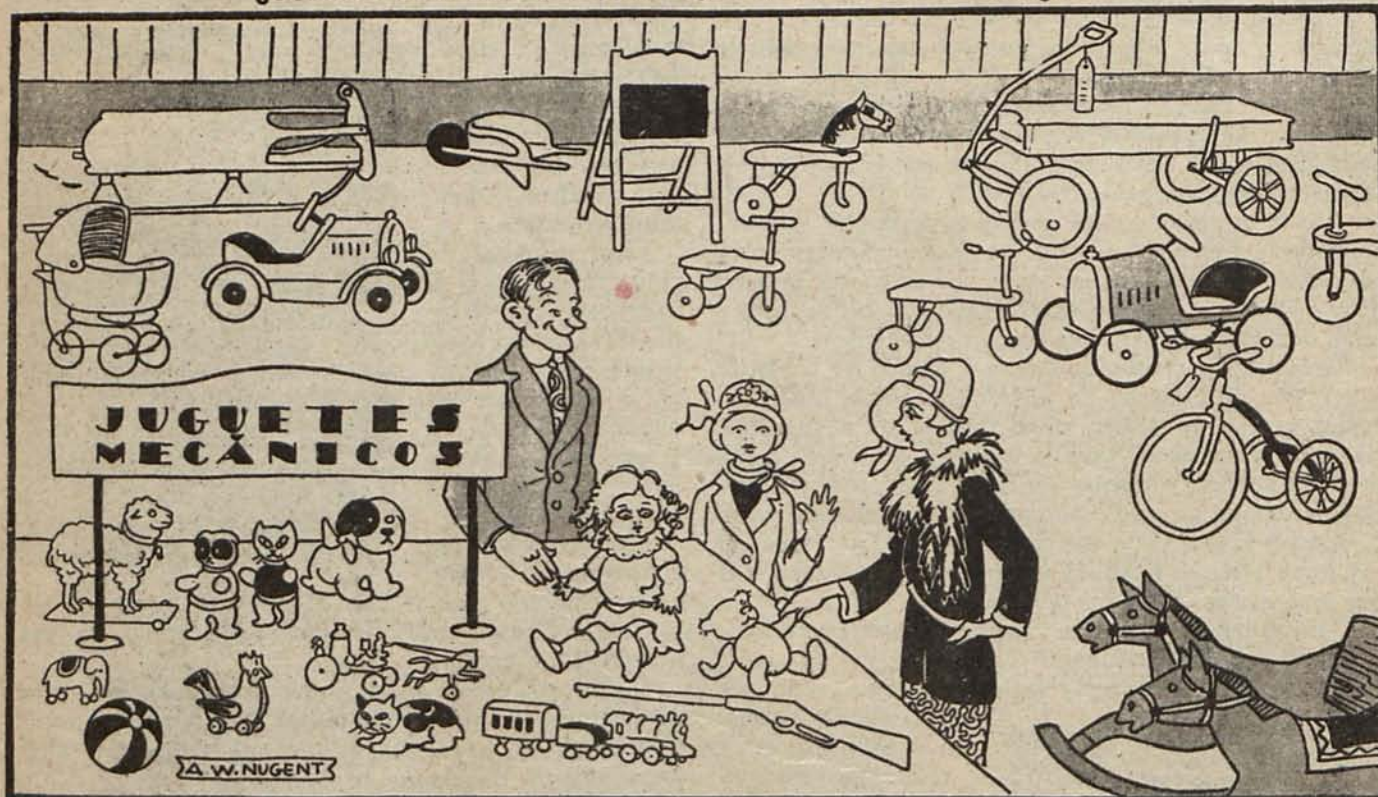
SORTEO DE REGALOS
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º 2

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Diez y siete son los errores que hay en el presente dibujo. Muchos son, pero yo no dudo que los hallaréis enseguida, pues tratándose de juguetes, nadie mejor que vosotros para encontrarlos. Como ejemplo, os diré que uno de los errores es que a la carabina que hay sobre la mesa le falta la cola del gatillo. ¿Cuáles son los otros diez y seis?

ROMPECABEZAS



En este dibujo, como véis, hay un elefante con chaquet y hongo. Bueno; eso es lo que se ve, pero lo que no se ve al primer golpe de vista, y hay que buscar, es otro elefante sin hongo y sin chaquet.

LA EDAD DE JUANITO, SU MAMÁ Y SU HERMANA

Un señor fué un día de visita a casa de Juanito, y, al entrar en el recibimiento, se encontró con Juanito, que pasaba por allí casualmente.

—¡Hola, Juanito! ¡Chico, qué alto estás! ¿Cuántos años tienes?

A lo que contestó Juanito:

—Mi hermana tiene doble edad que yo. Yo tenía un año cuando nos mudamos de casa, y mamá es ahora una vez y cuarto más vieja



que era entonces. Cuando yo tenga la edad que tenía mamá cuando nos mudamos, mi hermana tendrá 46. ¿Qué edad tenía Juanito, su mamá y su hermana cuando se mudaron? Y ahora, ¿cuál es la edad de Juanito y su hermana?

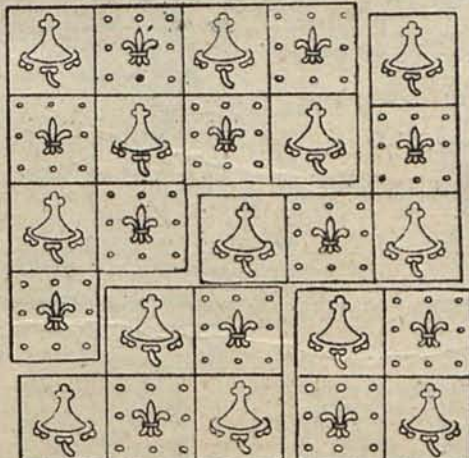
CONTINUACIÓN DE LAS SOLUCIONES DE PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

¿Cuáles son los errores que hay en este dibujo?



1.º La señorita que hay en la mesa de la izquierda tiene el collar roto. 2.º El cuello de la camisa del camarero no corresponde al traje de etiqueta. 3.º La corbata tampoco. 4.º El traje de frac no puede tener el pantalón con vuelta, y el señor que está al fondo lo lleva así. 5.º La señorita que baila tiene los tacones de diferente altura. 6.º Hay una señorita con sólo un pendiente. 7.º El que toca el tambor lo hace con los palillos del revés. 8.º Al tripode le falta una pata. 9.º Una de las tres campanas colgadas del techo no tiene badajo. 10.º A la pandereta le faltan rodajas. 11.º En la pareja que baila a la izquierda, el hombre tiene el zapato del pie derecho en el izquierdo. 12.º El pianista toca con las manos en una pianola con el rollo puesto. 13.º El tambor tiene los templadores al revés, y 14.º Dos parejas de bailarines van agarrados al revés.

EL TROZO DE DAMASCO

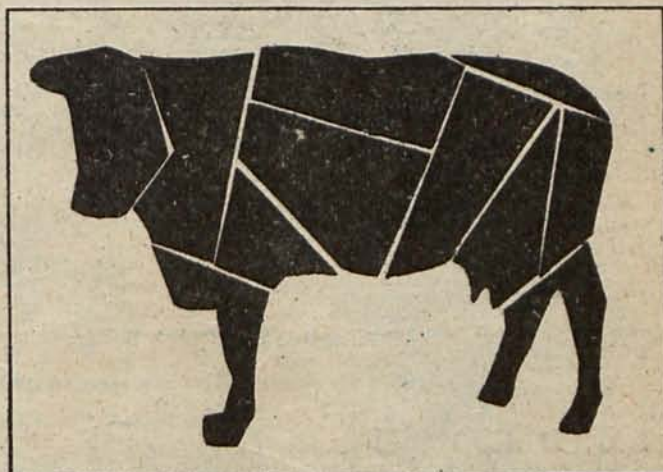


DE CAZA



El conejito está en las raíces del árbol de la derecha, y los cazadores, uno en el río, otro en el árbol de la izquierda y otro en el de la derecha.

ROMPECABEZAS



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

FALLO DEL JURADO

PREMIOS

Primer premio.—Buenaventura Fernández Tapia, Bogotá (Colombia).

Segundo premio.—Juan Lancher González-Quirós, Sevilla.

Tercer premio.—Anita Buendía Carmona, Badajoz.

Cuarto premio.—Telesforo Pérez Campoy, Murcia.

Quinto premio.—Guadalupe García Pereyra, Méjico.

ACCESITS CON DIPLOMA

Se conceden a los siguientes Pinochistas:

Francisco García Rey, Madrid; Atilio Escosura y González, Cáceres; Constantino Candeira, La Coruña; Juan Martín Aristizábal, Vitoria; Nicolás López Arteaga, Bilbao; Juan Fernández Buitrago, Valladolid; María del Pilar Amado, Barcelona; Concha Sánchez Romeral y García-Conde, Madrid; Juan Novella Pérez, León; Manuel Sánchez Santana, Segovia; Pedro Zubizarreta, Zamora; Salvador García Andrade, Madrid; Jacinto Gamero Ruiz, Avila; Aristides Dubois Meliá, San Juan de Luz; Pio Anasagasti Gutiérrez,

Irún; Emilio Becerra Castellón, Jaén; Luis Brave Medina, Burgos; Julián Conde del Castillo, Logroño.

Los premios consisten en libros de **Cuentos de Calleja**.

El accésit consiste en un diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación del presente número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido (los Pinochistas de América tendrán tres meses para reclamarlo), acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden colaborar en esta sección, pero es condición absolutamente indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



Una niña.
F. CHÁVARRI.



Tristán el Piloto.
EUGENIA TERJOS.
Doce años.



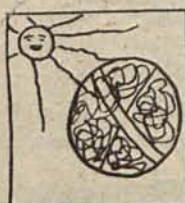
Morranguis.
JOSÉ ALEMANY.



Nenesita y Belito disputándose el PINOCHO.
MERCEDES REY.



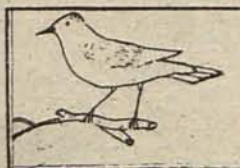
Pelagio Caramillo.
LUIS F. VILLAVARDE.



El Sol y la Tierra.
JOSÉ M.ª HUETE.



Potipán.
RICARDO LARRUELO.



Mi pajarito.
VÍCTOR FERNÁNDEZ. 12 años.



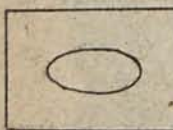
Un cow-boy.
LUIS GUERRERO.



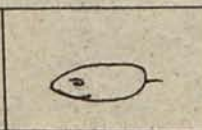
Mis amigos del PINOCHO.
JULIO ZAHONERO.
Doce años.



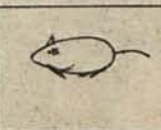
Mi amigo Ton.
A. PELLICO.



¿Veis un huevo?



Pues con él podéis hacer...



Un ratón.

LOLITA RODRÍGUEZ BAUZÁ.



Mi auto.
R. S.
Nueve años.



El pollito «Pollo pera» y «La Caraba».
S. GALLEGO.



Banderas.
A. DE LA NUZ.
Once años.



—¿Cuánto vale media docena de huevos?
—Cincuenta céntimos.
—Entonces cinco huevos costarán cuarenta; cuatro, treinta; tres, veinte; dos, diez, y queda uno gratis. Démelo.
CARMEN DE TERRY.

HISTORIETA MUDA



La señora Eduvigis lleva a arreglar unas botas, y el zapatero le dice que tiene que pagar adelantado. Eduvigis va a buscar a un guardia, y el zapatero se asusta y dice que bueno, que las arreglará primero.
MANUEL NIETO MOLINA.



JOSÉ SERRANO CUBILLO.



Cañamón.
ELVIRA SERRANO.
Once años.



Don Turulato.
J. A. L.



El guardián de mi casa.
MANUEL CABRERA. Once años.



Un escudo.
LUISA AVEDILLO.
Once años.



Un falucho.
F. y P. MIRARETE.

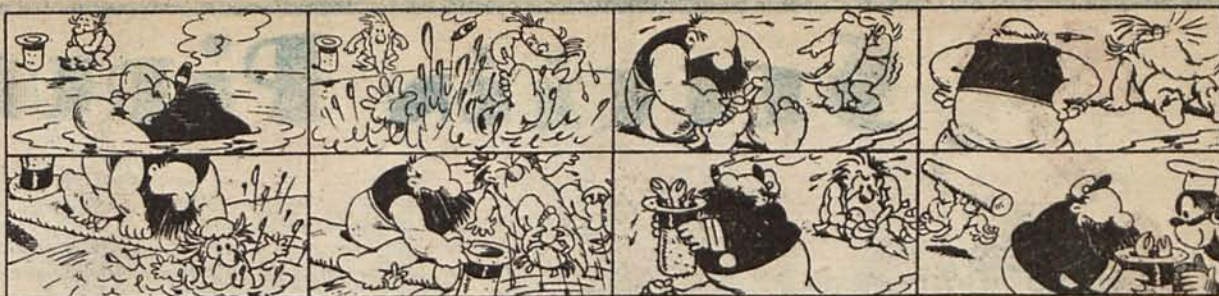


Un Bugatti de carreras.
ANTONIO MAZO. Siete años.



Mi pueblo desde la ermita.
JOSEFINA RANERO. Once años.

¿QUÈ
PINOCHISTA
QUIERE
DIBUJAR
LAS CARAS
DE LOS
PERSONAJES
DE ESTA
HISTORIETA?



VIDA PINOCHISTA

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, guapos y muchos son guapísimos. En esta galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.



José Tejeiro. Presidente del Club «Pinocho», de Buenos Aires.

José Alemany y López, de Niguel-roa (Bande), provincia de Orense, busca un Pinochista cubano de su misma edad (15 años) que le escriba cartas una vez al mes, contándole cosas de su vida y de Cuba, para contestarle puntualmente con relatos de la suya y de Galicia.

LICEO «PINOCHO» BARCELONES.—El presidente de esta nueva agrupación de Pinochistas barceloneses saluda, por conducto de esta sección, a todos los Pinochistas españoles. Nace este infantil Liceo lleno de entusiasmos y felices propósitos que se reflejan en los atrayentes programas que nos han enviado. Partidos de fútbol, concursos de natación, fiestas teatrales, exposiciones de dibujos infantiles, etc., etc. Nuestro más cálido aplauso a estos queridos Pinochistas que tan bien saben orientar el provechoso rendimiento de la buena amistad que los une.



Juan Cazalla. Bake derecho de «Palermo».

Club social y deportivo «Pinocho», de Buenos Aires.

Esta simpática agrupación de entusiastas y buenos amigos nos envía patentes pruebas de la activa y provechosa labor que realizan sus asociados. Destaca, sobre todo, la seriedad y plausible armonía que reina en su seno. La organización es sencillamente admirable. Su funcionamiento observa formalidades que lo acreditan como un Club infantil modelo. Disponen de impresos para solicitar el ingreso en la Sociedad, recibos, preciosos carnets de socios y lindas invitaciones para las amenas fiestas que de cuando en cuando organiza y celebra con creciente éxito.

con baile, orquesta, etc., etc., merece este Club una atención especial por los resonantes triunfos que conquista como deportivo.

Y últimamente ha logrado el título de campeón de Villa Urquiza, después de un reñido encuentro con el equipo futbolístico «San Salvador».

Nosotros nos sumamos a las muchísimas felicitaciones que recibe este Club de entusiastas Pinochistas y hacemos votos por que esta agrupación de grandes amigos mantenga siempre los vínculos de fraternidad que ahora une a sus socios y siga por el venturoso camino emprendido cosechando lauros.



Figura Sport que el club «Chapete» disputará en breve con algún club de cierto renombre.



Atilio Bodratti. Half suplente de «Plateuse» primera.



Manuel Cortiñas. Bake primero de «San Isidro».



Benjamin Delgado. De la primera división de «Boca Juniors».



José Della Torre. Centro rolf del club «San Isidro».

Aparte las matinées familiares,

SECCIÓN PIRULA



PANTALLAS DE JARDÍN

Ya pronto finaliza Junio! Verano, verano, vacaciones, viajes. ¡Qué ventura! ¡Vamos, vamos! (Como véis, abundan en

este tiempo las palabras que empiezan con v). Con alegría, volveréis a encontrar la casita de campo y su jardín. Pero en este jardín advierto que falta algo: una instalación eléctrica adecuada; porque no es posible colocar aparatos de luz vulgares en el jardín de una casita de campo donde vive una *Pirulinda*, y donde aparecen veladores, sillas y mecedoras, copiados de esta Sección, precisamente.

Para que el alumbrado haga juego con el mobiliario en originalidad ingeniosa, risueña, moderna, de buen gusto... y económica, utilizaremos los objetos más absurdos e imprevistos; por ejemplo, un viejo y ordinario sombrero de paja, olvidado el año pasado por el jardinero, o una sombrilla japonesa de papel, que mamá compró en algún bazar, o unos tiestos vacíos.

En la copa del sombrero se recortan unos redondeles y se sustituye la paja que se quita por unos pedazos de papel transparente de uno o varios colores, a través de los cuales las bombillas, colocadas en el interior, darán una luz suave y diversamente coloreada. Luego se cosen alrededor de la orilla del ala unos trocitos de cristal, de varios colores también, que, a la menor brisa, se entrechocarán, produciendo un tintineo encantador.

La transformación de la sombrilla en pantalla es aún más sencilla que la del sombrero; basta con colgar de cada extremo de varilla un vasito de cristal de color o pintado, con una bombilla dentro.

Con tiestos vacíos se puede obtener una guirnalda luminosa, lindísima, que se colocará en el borde de una ventana, o a los lados de una escalera.

La bombilla se coloca en el interior del tiesto, y el hilo que parte del portalámparas pasa por el agujero que hay en el fondo del tiesto; se tapa luego la boca del tiesto con un papel de color, y ya está.

ANÉCDOTAS DE PIRULA

El rey friolero y el joven malicioso.—La historia le sucedió, hace de esto muchos años—tres o cuatrocientos, por lo menos—a un rey de España, a menos que fuese de Francia, si bien puede que fuese de Suecia o de Inglaterra.

Nuestro rey—o el de los ingleses, franceses o suecos—paseaba un día de invierno por las calles de su capital. (Como no hemos quedado de acuerdo respecto al país en cuestión, tampoco puedo afirmar si la capital era Madrid o París, Londres o Estocolmo).

De pronto, el rey, que iba embozado en una magnífica capa forrada de piel, se detuvo ante un joven que aguantaba gallardamente los rigores de un viento helado, solamente cubierto con un trajecito ligero.

—¡Caramba, amigo!—exclamó el soberano, que era hombre campechano—. No sé cómo no te mueres de frío. Ya ves, yo, con lo abrigado que

voy, estoy tiritando, y ya he estornudado cuatro veces en tres minutos. ¿Estarás helado, por supuesto?

—No, señor; que no lo estoy—contestó el joven—. Y si Vuestra Majestad hiciese lo que yo, ni siquiera se daría cuenta de que hace frío.

—¡Hombre! ¡Eso sí que tiene gracia! Pues ¿qué es lo que tú haces, para que yo haga otro tanto?

Entonces el malicioso joven declaró:

—Si Vuestra Majestad llevase puesto todo su guardarropa, como yo llevo el mío, no tendría frío nunca.

La respuesta le hizo tanta gracia al monarca y la encontró tan ingeniosa, que al día siguiente mandó al joven un magnífico traje de lana y una buena capa de paño.

Un cuento terrorífico.—Pilín le cuenta a su amiguita Carmina, con muchos aspasientos:

—¡Ay! ¡Qué miedo acabo de pasar! Ha venido a casa el carbonero y estaba negro, negro; tan negro, ¡que no te puedes figurar lo negro que estaba.

Pero Carmina no se deja achicar:

—¡Vaya una cosa!—exclama—.

Más negro está el nuestro; no se le ven más que los ojos, y cuando los cierra... pues no se ve nada.

PIRULA, COCINERA

Receta de Junio: Zucchetti rellenos.—Con esto de los nombres extranjeros, ¡se lleva uno cada chasco! Así, tenéis personas que llevan nombres la mar de raros que suenan a cuento... y total, nada; yo he conocido cuatro hermanos ingleses que se llamaban Ketty, Jack, Maud y Jenny. Luego resultaba que se llamaban Juana, Matilde, Santiago y Catalina. ¡Qué desilusión!

Pues lo mismo pasa con este plato de *zucchetti*, cuya receta os voy a dar. ¿Qué será eso de *zucchetti*?, os preguntáis, sin duda, intriguadísima.

Con un nombre tan bonito debe ser algo delicioso y rarísimo. Como raro, la verdad, no lo es mucho; los *zucchetti* son el nombre italiano de... los calabacines, sencillamente.

Ahora que estos *zucchetti* rellenos, o sea calabacines a la italiana, si no son tan raros como a primera vista puede parecer, son, desde luego, más sabrosos de lo que puede uno suponerse, así se diga su nombre en el idioma de Cervantes o en el del Dante.

(Como la cocina no está reñida con la cultura, aprovecharé la ocasión para recordaros que Dante Alighieri era un glorioso autor, florentino por más señas, que vivió en el siglo trece y que es autor de una obra magnífica que se llama *La Divina Comedia*.)

Y ahí va la receta anunciada:

Se dejan hervir los calabacines, durante un cuarto de hora, en agua y sal; luego se vacían y se rellenan con la siguiente masa:

Se moja miga de pan en leche y se exprime; se le añaden dos yemas de huevos cocidos, sesenta gramos de queso rallado, cinco almendras crudas, cuya piel se quita fácilmente con agua caliente; dos clavos, dos yemas de huevo batidas, sal y especias; todo ello se pica, se mezcla y se rehoga luego con un poco de mantequilla. Después de rellenos los calabacines con esta masa, se pueden servir cubiertos con una salsa bechamel.

¡Ah! Conste que, aunque este sea un plato italiano, sabe lo mismo de rico si se come... en español.

